



Doi: <https://doi.org/10.17398/2340-4256.18.895>

EL RITUAL PROCESIONAL DE LA PASIÓN TRASPLANTADO A LA AMÉRICA ESPAÑOLA (SS. XVI-XVII)

THE TRANSPLANTATION OF THE PROCESSIONAL RITUALS OF THE PASSION TO SPANISH AMERICA (16TH AND 17TH CENTURIES)

FERMÍN LABARGA
Universidad de Navarra

Recibido: 13/11/2022

Aceptado: 21/06/2023

RESUMEN

En este artículo, que es tan solo un avance de un estudio de gran elaboración documental, se aportan datos comparativos para mostrar que el fenómeno de la implantación de cofradías penitenciales fue paralelo en la Península y en los territorios americanos. De igual modo, se analiza sucintamente el desarrollo de los rituales procesionales en la América española durante los siglos XVI y XVII hasta alcanzar un esplendor equiparable al de las principales poblaciones de la metrópoli, como resaltan los cronistas de Indias, y confirma la documentación conservada.

Palabras clave: Cofradías penitenciales, Vera Cruz, Soledad y santo Entierro, Nazarenos, Procesiones, Semana Santa, España, América hispana.

ABSTRACT

This article is just a preview of a great documentary work, in which comparative data is offered to show that the phenomenon of the implementation of penitential brotherhoods was parallel in Spain and its American viceroyalties. Also analyzes the development of the processional rituals of Holy Week in Latin America during the 16th and 17th centuries. In the main American towns, the processions reached a splendor similar to those of the metropolis, as revealed by both the chroniclers of the Indies and the documentation consulted.

Keywords: Penitential brotherhoods, Holy True Cross, Virgin of Solitude and the Holy Burial, Nazarenes, Penitential procession, Holy Week, Spain, Latin America.

Todavía hoy en numerosos lugares de Hispanoamérica durante la Semana Santa se celebran rituales y procesiones en torno a la Pasión cuyo origen se remonta al siglo XVI, es decir, al estrato más antiguo de la presencia española. El presente estudio tiene por objeto comprobar si la implantación de cofradías penitenciales siguió en los territorios americanos el mismo cauce que en la Península, dependiendo normalmente de las órdenes religiosas, y si se reprodujeron igualmente los tres tipos más comunes: Vera Cruz, Santo Entierro y Soledad, y Jesús Nazareno, con su correspondiente tipología procesional. También se intentará establecer una cronología que permita dilucidar si se trata de un fenómeno simultáneo o, bien por el contrario, posterior y, en ese caso, en qué medida¹.

1 Debido a la limitación de este estudio, no es posible incorporar un aparato bibliográfico exhaustivo. Por lo que se refiere a la bibliografía sobre cofradías penitenciales españolas, cabe señalar que es ingente, abundando las monografías, pero escaseando los estudios comparados y sintéticos. Me parece que un texto que no ha perdido actualidad y sigue siendo válido por las líneas de trabajo que plantea es el de José María Miura Andrade, Isabel Montes Romero-Camacho, José Sánchez Herrero, *Los cuatro tipos diferentes de Cofradías de Semana Santa, desde su fundación hasta la crisis de finales del siglo XVIII en la Andalucía bética y Castilla*, en *Actas del Primer Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa* (Zamora 1988), 259-304. Resulta muy clarificador, igualmente, Javier Burrieza Sánchez, *Historia de las cofradías de Semana Santa de Valladolid* (Valladolid, Junta Semana Santa, 2017) 167 y ss. Por lo que se refiere a la publicación de fuentes, hay también valiosas aportaciones como *CXLIX reglas de hermandades y cofradías andaluzas: siglos XIV, XV y XVI*, ed. por José Sánchez Herrero y Silvia María Pérez (Huelva: Universidad de Huelva, 2002) y *CXXII reglas de hermandades y cofradías andaluzas: siglos XVI y XVII*, ed. por Silvia María Pérez y Juan Carlos Arboleda Goldaracena (Huelva: Universidad de Huelva, 2017). Respecto a la bibliografía americana es, sin duda menor, pero han aparecido ya trabajos muy

I. LAS COFRADÍAS

El origen de las cofradías penitenciales en España no debe remontarse más allá de las primeras décadas del siglo XVI o los últimos años de la centuria anterior, en el caso de las más antiguas². De forma general puede afirmarse que la primera cofradía que se estableció fue la denominada de la Santa Vera Cruz, a la que se sumaron posteriormente otras bajo distintos títulos y advocaciones, como las de la Pasión, del Santo Entierro, de la Virgen de la Soledad, de la Piedad, de la Quinta Angustia o de las Angustias, de los Dolores o de Jesús Nazareno, cada una de ellas con sus correspondientes peculiaridades. Aquellas en las que participaban disciplinantes se denominaron *cofradías de sangre*.

En general, donde solo había una cofradía, ésta era la de la Vera Cruz y solía asumir la organización de todas las procesiones de la Semana Santa. En los lugares de más población se erigían otras, en parroquias o ermitas, pero sobre todo en conventos. Lo mismo sucedió en América, como refiere Juan de Torquemada en su *Monarchia Indiana*: “Las cofradías que tienen del Santísimo Sacramento y de nuestra Señora, que en todas partes son comunes, mas en pueblos grandes también tienen las del Nombre de Jesús, de la Vera Cruz, de la Soledad en la Semana Santa y del despedimiento de la Virgen y Nazarenos”³.

Cabe suponer que la fundación de las cofradías penitenciales se realizó por dos razones simultáneas: por una parte, el deseo de los oriundos peninsulares residentes en América de reproducir los rituales procesionales de la Semana Santa que tenían lugar en sus lugares de origen; así, por ejemplo, en 1571 un grupo de vecinos residentes en Lima pero naturales de Sevilla piden licencia para realizar una estación de penitencia por las calles durante la Semana Santa con la imagen de la Virgen de la Soledad⁴.

relevantes por su calidad. Simplemente, por su valiosa aportación habría que destacar Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, *Catálogo de cofradías del Archivo del Arzobispado de Lima* (San Lorenzo del Escorial: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2014).

2 Movidas por un afán de prestigio basado en la antigüedad, de marcado cariz localista, las cofradías penitenciales han pretendido remontarse hasta fechas inverosímiles, aprovechando con frecuencia testimonios documentales de cofradías devocionales con el título de la Cruz e, incluso, referencias aún más amplias relativas a reliquias del *Lignum Crucis*. Ante la ausencia de las reglas fundacionales, conviene ser muy cautos en este aspecto y no atender más que a los documentos auténticos que certifiquen la existencia de una cofradía que tiene su procesión penitencial en los días de Semana Santa y, en el caso de las cofradías de la Vera Cruz y otras similares, con el ejercicio de la disciplina. Sin duda han de revisarse trabajos tenidos hasta el momento como fuentes seguras a la hora de datar las cofradías.

3 Juan de Torquemada, *Tercera parte de los veinte y un libros rituales y monarchia Indiana* (Madrid: en la imprenta de Nicolás Rodríguez Franco, 1723) 112.

4 *Soledad Universal. Exposición conmemorativa del XXX aniversario fundacional de la Confederación*

La segunda razón sería el interés de los religiosos, y del clero en general, en ayudarse para la labor catequética y evangelizadora de las prácticas procesionales que tanto impacto ejercieron en los nativos de aquellos territorios y que, según refieren los cronistas, tanto les agradaron. Según Ricard, “complemento natural y necesario de los divinos oficios eran las procesiones. También en este punto se hallaron muy de acuerdo las tradiciones y gustos de los misioneros con los deseos de los indios”⁵. En efecto, la solemnidad y el recogimiento de las procesiones en los anocheceres de Jueves y Viernes Santo debieron impresionar muchísimo a los nuevos cristianos de las Indias y, de un modo muy particular, el ejercicio de la disciplina pública.

No parece aventurado señalar que las primeras cofradías penitenciales se fundaron por españoles y para españoles; los casos de la Vera Cruz y de la Soledad de Lima son evidentes. Lo mismo puede señalarse para el Nazareno de la Merced de Guatemala, según refieren los documentos. Primaría en este caso el deseo de reproducir el ritual conocido y vivido en las tierras de origen. Luego, siguiendo el mismo esquema de organización y celebración, surgieron las cofradías de indios, negros y mulatos, impulsados por el deseo de emulación y por la misma fascinación suscitada por la impactante puesta en escena. Algunas surgieron muy tempranamente, como la Vera Cruz de Xochimilco o la Chocontá, que ya existía en 1593, formadas exclusivamente por indios⁶. De las 16 cofradías de dicha advocación fundadas en los conventos franciscanos de la provincia de México hasta fines del siglo XVII, 7 eran exclusivamente de españoles y 5 de indios⁷. Algunas de estas alcanzaron un gran prestigio y poderío dotándose con un esplendor semejante a las conformadas por españoles. Como asegura Hernández Soubervielle, “muchas de las cofradías de la Santa Veracruz de castas se vincularon en su momento a hospitales con la finalidad de asegurar el entierro y socorro de sus cofrades, si bien las hubo que, aunque de indígenas, fueron asimismo ricas y poderosas, como la que encontramos en Pátzcuaro en el siglo XVII”⁸ o, ya en el virreinato del Perú, la de Piura que, integrada por

Nacional de Hermandades y Cofradías de la Soledad, ed. por Ramón Cañizares Japón (Sevilla: Diputación Provincial, 2019) 80.

5 Robert Ricard, *La conquista espiritual de México* (México: Ius – Polis, 1947) 335.

6 Guadalupe Romero Sánchez, “Devociones de naturales en Nueva Granada durante los siglos XVI y XVII. El caso de Chocontá y la Cofradía de la Veracruz”, en *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*, ed. por David Fernández Villanova, Diego Levano Medina y Kelly Montoya Estrada (Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 2017) 389-403.

7 Miguel Luis López-Guadalupe, “Cofradías en Granada y América. Aproximación a su papel y relaciones”, en *El reino de Granada y el Nuevo Mundo: V Congreso Internacional de Historia de América. Mayo de 1992* (Granada: Diputación Provincial, 1994), I, 667.

8 José Armando Hernández Soubervielle, *El madero y la piedra: Historia, arte y devenir de la cofradía de la Santa Veracruz y sus iglesias en el San Luis Potosí virreinal* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis,

indios pardos, pretendió se le reconociera el derecho de precedencia sobre la de la Limpia y Pura Concepción de españoles⁹.

Por lo que se refiere a la cronología, frente a lo que cabría pensar, es posible hablar de una total simultaneidad ya que se advierten los mismos fenómenos de desarrollo a ambos lados del Atlántico y con una intensidad semejante. En el caso concreto de las cofradías de la Vera Cruz, en un primer momento, antes de 1550, nacen en las capitales virreinales y en las principales ciudades; en un segundo periodo, durante la segunda mitad del siglo XVI, se consolidan y se implantan en los núcleos urbanos; en un tercer momento, que abarcaría la primera mitad del siglo XVII, se difunden ya de modo generalizado; y en una cuarta fase, después de 1650, su implantación alcanza hasta los núcleos más periféricos y alejados. Para el caso de las cofradías del Santo Entierro y la Soledad, así como para las del Nazareno, hay que retrasar el proceso medio siglo. Con todo, hay que tener en cuenta que, en numerosas ocasiones, las cofradías funcionaron sin reglas o constituciones durante algunos años y que, con toda seguridad, cabría suponer una ligera mayor antigüedad, si bien no sea posible acreditarla documentalmente¹⁰.

1. LA COFRADÍA DE LA VERA CRUZ¹¹

La cofradía de la Santa Vera Cruz es, casi sin excepción, la más antigua y alcanzó una difusión enorme, puesto que se erigió en la mayoría de las poblaciones del reino de Castilla, incluso en aquellas de reducido vecindario. En la corona de Aragón, con características similares, se estableció la cofradía de la Sangre de Cristo.

2015).

9 Carlos Hugo Sánchez Raygada, “Derecho y sociedad corporativa virreinal. Una aproximación a los litigios de las cofradías piuranas durante el siglo XVIII”, en *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*, 268-269.

10 Héctor Martínez Domínguez, “Las cofradías en la Nueva España”, *Anuario* 1 (1977) 63 indica el caso de la cofradía de la Vera Cruz de los naturales de Xochimilco cuyo mayordomo aseguró al visitador del obispado que “que no tiene constitución por donde gobernarse y que no se ha tenido cuidado de asentar las limosnas que se recogen ni los bienes que se adquieren”.

11 Sobre las cofradías de la Vera Cruz puede verse el libro de actas de los cinco congresos internacionales de cofradías de la Vera Cruz celebrados hasta ahora, destacando el primero de ellos, con ponencias de gran interés: *Las Cofradías de la Santa Vera Cruz*, ed. por José Sánchez Herrero (Sevilla: Centro de Estudios e Investigación de la Religiosidad Andaluza, 1995). Una monografía exhaustiva sobre una región, con abundante documentación: Fermín Labarga, *Las cofradías de la Vera Cruz en La Rioja* (Logroño: Diócesis de Calahorra y La Calzada – Logroño 2000).

En 1536 el papa Paulo III concedió diferentes gracias y privilegios a la cofradía de la Vera Cruz de Toledo mediante un *vivae vocis oráculo*, despejando al mismo tiempo cualquier duda sobre la licitud del ejercicio de la disciplina que sus hermanos practicaban durante la procesión de la tarde-noche del Jueves Santo¹². Por ello había dos clases de hermanos, los de luz, que alumbraban, y los de sangre, que se flagelaban hasta derramar sangre. Su hábito era de color blanco.

Entre las cofradías más antiguas de la Vera Cruz de las que hay constancia en la Península pueden señalarse las de Valladolid (h. 1498), Málaga (1505), Salamanca (1506) y Zamora (1508), a las que cabría añadir la de Sevilla, activa por estas mismas fechas. Como caso verdaderamente único puede mencionarse la cofradía de San Vicente de la Sonsierra (La Rioja), erigida en 1551, que ha conservado hasta la actualidad el ritual de la disciplina pública. En América la primacía se reserva para la cofradía erigida en México, que ya existía en 1527 y cuyas reglas son del año 1533. Dentro del virreinato de la Nueva España le sigue en antigüedad la de Santiago de Guatemala (1533). En el del Perú, la primera registrada, por ahora, es la de Santafé de Bogotá (1538), seguida por la de Lima, erigida por Francisco Pizarro en 1540, aunque sus primeras reglas son del año 1570. El jesuita Alonso de Ovalle refiere lo que, a su juicio, constituye el origen del prestigio de esta cofradía:

“Sabido es que Hernán Cortez con su expedición abordó la primera tierra firme de América el Jueves Santo 21 de abril de 1519 y que desembarcó al día siguiente, Viernes Santo, por cuya razón puso el nombre de Vera Cruz a la ciudad que allí fundó. De aquí tuvo origen para conmemorar la introducción del cristianismo en el continente americano, la devota procesión que se hacía en la media noche del Jueves al Viernes Santo. En ella la insignia principal consistía en un Crucifijo que no se cargaba en andas como en todas las procesiones sino que era llevado en brazos, Crucifijo que se tenía en gran veneración y era titulado de la Vera Cruz”¹³.

12 Juan Meseguer Fernández, “Las cofradías de la Vera Cruz. Documentos y notas para su historia, *Archivo Iberoamericano* 109-110 (1968): 199-213. El texto, tanto en latín como en castellano, en Labarga, *Las cofradías de la Vera Cruz en La Rioja*, 693-697.

13 Alonso de Ovalle, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las Misiones y Ministerios que exercita la Compañía de Jesús* (Roma, 1646) 518-519.



Ilustración 1. Reglas de la cofradía de la Vera Cruz de Sevilla, copia de 1637, iluminada por Juan de Herrera. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, manuscrito A 331/224.

A partir de la tabla 1¹⁴, puede comprobarse que el ritmo fundacional de estas cofradías es simultáneo en la Península y en los virreinos americanos. Como norma general en ambos casos, surge primero en las grandes ciudades y luego se extiende por los alrededores, siguiendo el itinerario habitual del centro a las periferias. Siempre exhibe su condición de más antigua o principal entre las otras¹⁵.

14 Las tablas que se insertan en este artículo son de elaboración propia a partir de los datos que he podido extraer de numerosos documentos y la bibliografía consultada. A mi entender, constituyen una novedad por cuanto hasta ahora no conozco que se haya realizado un intento semejante de periodizar las fundaciones de las principales cofradías penitenciales. En el caso de España, indico solo algunas cofradías a modo indicativo, puesto que el cúmulo de datos es enorme. Asumo que puede haber errores y, sobre todo, que pueden ajustarse con mayor precisión las fechas indicadas. Agradeceré enormemente cualquier sugerencia y todo tipo de aportaciones en este sentido.

15 Manuel Pedro Floriano Bravo, "El legado de la Cofradía de la Santa y Vera Cruz, reflejo fidedigno

TABLA 1: DATACIÓN DE LAS COFRADÍAS DE LA VERA CRUZ

	Península	América del Norte y central	América del Sur
Antes de 1500	Sevilla Valladolid (h. 1498)		
1500-1549	Málaga (1505) Salamanca (1506) Zamora (1508) Cáceres (1521) Palencia (<1524) Toledo (<1535) Logroño (1537) Santiago de C. (1538) Córdoba (1538) Huelva (1538) Jaén (1541) Jerez de la Frontera (1542) Granada (<1545)	MÉXICO (<1527) Guatemala (1533)	Bogotá (1538/9) LIMA (1540) Asunción Paraguay(1549)
1550-1599	Bilbao (1554) Lorca (1555)	Guadalajara (1551) Zacatecas (1551) La Habana (<1570) Morelia (<1575) León de Nicaragua (1580)	La Paz (1557) Santiago de Chile (<1564) Quito (<1566) Potosí (<1580) Arequipa (<1580) Popayán (1582) Cartago (1582)

de la sociedad en la que se desarrolla”, *Cauriensia* 3 (2008) 472: “En la Villa de Cáceres a nueve días del mes de marzo de mil seiscientos noventa y nueve años estando en la capilla de Sancti Spiritu juntos y congregados para tratar y conferir las cosas tocantes y convenientes a la cofradía de la Cruz que es la principal y todas las demás que están sitas en esta Villa. Por sus antigüedades que son como siguen...”.

		Panamá (1588) Huejotzingo (<1593) San Luís Potosí (<1594) S. José de Costa Rica (h.1594)	Guayaquil (<1584) Ayacucho (<1586) El Tocuyo (1587) Maracaibo (1589) Cuzco (<1591) Cali (<1591) La Plata/Sucre (<1598)
1600-1649	Generalizada en todo tipo de poblaciones	Trinidad (<1603) Puebla (<1606) Concepción de la Vega (<1610) Xochimilco (<1610) Querétaro (<1616) Mérida del Yucatán (<1639) S. Juan de Puerto Rico (<1645) Guanajuato (1646)	Cuenca (<1602) Barquisimeto (<1603) Cartagena de Indias (<1606) Buenos Aires (<1623)

*Elaboración propia a partir de numerosos documentos y publicaciones.

Al estar erigida en la mayoría de las localidades, su emplazamiento es diverso, aunque el más habitual es la iglesia parroquial o una ermita. Sin embargo, es posible advertir una cierta vinculación oficial de esta cofradía con la orden franciscana. De hecho, en 1543 su general, fray Juan Calvi, extendió a todas las cofradías erigidas bajo este título carta de hermandad que permitía disfrutar a sus hermanos de todas las gracias e indulgencias otorgadas a la orden. Esta vinculación institucional se hace más patente en el ámbito urbano. Tanto la cofradía

de Sevilla como la de Valladolid, por señalar dos ejemplos insignes, radicaron en sus inicios en un convento franciscano; el gran auge que experimentaron llevó a la primera a labrarse una suntuosa capilla dentro del convento y a la segunda a abandonarlo y construir su propia iglesia penitencial. Algo similar ocurrió en el caso de la poderosa e ilustre cofradía de la Vera Cruz de Lima, que se construyó su capilla exenta anexa al templo conventual, si bien en este caso no en el franciscano sino el de Nuestra Señora del Rosario de padres dominicos, lo que constituye una novedad relevante respecto a la costumbre peninsular (aunque no absoluta ya que, por ejemplo, en Palencia la cofradía de la Vera Cruz estaba erigida en el convento dominico de San Pablo). A imagen de lo que sucedía en la capital virreinal, también en Cuzco, Caracas y otras poblaciones esta cofradía se erigió en el convento de los dominicos (mientras que en Santiago de Chile estaba fundada en el de los padres mercedarios). Con todo, en Cartagena de Indias, Quito, Potosí o Asunción del Paraguay se reprodujo la misma pauta de la Península, al igual que en la mayoría de los lugares del virreinato de Nueva España, manifestando una estrecha vinculación franciscana, que se refuerza al comprobar que algunas que habían sido establecidas en otro emplazamiento, como iglesias parroquiales (Bogotá) o ermitas (como la Vera Cruz y Sangre de Cristo de Guadalajara que tuvo su sede en una ermita, luego convertida en hospital), acabaron trasladándose más tarde a un convento de frailes menores.

Por lo que se refiere a su conformación social, salvo algunos casos excepcionales, en la Península la cofradía de la Santa Vera Cruz era una cofradía abierta, que admitía a cualquier tipo de personas, de ambos sexos, procedentes de todas las capas sociales, aunque siempre de buena fama y honrados. En América, la de Lima nació con un claro carácter elitista, al estar conformada por caballeros¹⁶. Hay constancia de que, sobre todo, en sus inicios, algunas fueron solo para españoles. Luego, se admitió también a los indios y negros, o bien en algunos lugares se erigieron cofradías étnicas como réplica de la original. Así, por ejemplo, en México se erigía la de la Exaltación de la Cruz, conformada

16 Fondo Antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Navarra, *Recapitulacion, o Extracto general de todas las ordenanzas, y constituciones hechas para la observancia de los señores Hermanos ... de la Nobilissima Archicofradía de la Santísima Vera Cruz ... del Convento Grande de N.P. Santo Domingo de esta ciudad de Lima* (Lima: Imprenta Nueva, 1759). Sobre esta cofradía: Rafael Sánchez-Concha Barrios, "La devoción a la Cruz en el Perú y la Archicofradía de la Vera Cruz de Lima (siglos XVI-XVIII)", en *IV Congreso Internacional de Hermandades y Cofradías de la Santa Veracruz celebrado en Zamora*, ed. por José-Andrés Casquero Fernández (Zamora: Cofradía de la Santa Vera Cruz, 2009) 759-774; José Antonio Benito Rodríguez, "La cofradía y templo de la Vera Cruz de Lima", en *Religiosidad popular: Cofradías de penitencia*, ed. por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (San Lorenzo del Escorial: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2017) vol. 1, 349-366.

solo por negros¹⁷, mientras que en Coyoacán (donde ya existía una cofradía de la Vera Cruz conformada solo por negros), se fundaba en 1638 la cofradía de la Santa Veracruz Nueva en la que podían admitirse también mulatos y mestizos¹⁸.

Además de la actividad desplegada durante todo el año, incluida la cultural y la asistencial, el momento álgido para estas cofradías era la Semana Santa, con su procesión del Jueves Santo. El proceso de enriquecimiento de los cortejos procesionales supuso la aparición de los pasos procesionales, siguiendo una estética que se había importado de la Península, especialmente de Andalucía, con el envío de algunas imágenes de gran calidad, sobre todo del Crucificado, que sirvieron para fijar unos modelos que, luego, los artistas locales contribuyeron a reproducir y modificar conforme al gusto local¹⁹.

2. LAS COFRADÍAS DEL SANTO ENTIERRO Y DE LA SOLEDAD²⁰

Desde el punto de visto estrictamente cronológico el segundo tipo de cofradía penitencial que aparece es aquel que lleva por título del Santo Entierro o de la Soledad, o ambos a la vez. Su finalidad es rememorar el descendimiento de Cristo de la Cruz y su traslado al sepulcro, para lo cual se establece un ritual que tiene lugar el día de Viernes Santo, bien sea en dos momentos (a mediodía el descendimiento y por la tarde el santo entierro), o solo en uno, concentrando toda la celebración al atardecer. Su hábito suele ser de color negro. En algunos casos contaban también con hermanos de disciplina. La procesión del Santo Entierro fue incorporando numerosos elementos visuales, de carácter simbólico, que la hizo muy vistosa.

El cronista Dávila Padilla señala que, si bien las otras cofradías, como la de la Vera Cruz,

“son loables por ir fundadas en consideración devota (...) la cofradía del Descendimiento y Sepulcro es mero texto del S. Evangelio, y la procesión fue así realmente puesta por obra: porque el haber descendido de la Cruz al cuerpo de

17 Alicia Bazarte Martínez, *Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869)* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1989) 43.

18 Rosa Elena Rojas, “Esclavos de Obraje: Consuelo en la Devoción. La cofradía de la Santa Veracruz Nueva fundada por Mulatos, Mestizos y Negros. Coyoacán, siglo XVII”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*: DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64339>

19 Emilio Gómez Piñol, “Sentimiento religioso e imágenes del Crucificado en el arte hispanoamericano del siglo XVI”, en *Signos de Evangelización. Sevilla y las hermandades en Hispanoamérica* (Sevilla: Ministerio de Educación y Cultura – Fundación El Monte, 1999) 63-94.

20 Ramón Cañizares Japón, *Las hermandades de la Soledad y Santo Entierro en el Reino de Sevilla* (Sevilla, 2014).

Christo N. S. y haberle llevado a sepultar, no es consideración voluntaria sino Evangelio expreso. Y aunque las demás procesiones se fundan en verdades del Evangelio, ninguna fue procesión en el Evangelio sino ésta, gozando de este particularísimo privilegio que singulariza su alabanza”²¹.



Ilustración 2. Reglas de la cofradía de la Soledad de San Lorenzo de Sevilla, 1569. Villanova University Library, Pensilvania.

Las cofradías más antiguas bajo la advocación de la Soledad surgen a mediados del siglo XVI; así las del monasterio de San Benito de Sevilla (1549), hoy en la iglesia de San Lorenzo, y la onubense de Ayamonte (1550). Con todo, si bien no es posible establecer, como en el caso anterior, una relación directa con una determinada orden religiosa, cabe señalar cierta vinculación con los dominicos en el caso de las cofradías de la Soledad; en efecto, en 1598 el papa Clemente VIII concedió una bula con indulgencias para las “cofradías de la

21 Agustín Dávila-Padilla, *Varia historia de la nueva España y Florida*. Segunda impresión (Valladolid: por Juan Bautista Varesio, 1634) 561.

	Sanlúcar de B. (1590) Logroño (<1594)	La Habana (1587) Sol y SE Guadalajara (1589) Soledad MÉXICO (1591) Soledad Páztcuaro (<1594) Soledad	La Paz (<1583) Soledad Bogotá (1589) Sol y SE Ica (<1592) Soledad La Serena (1596) Soledad El Tocuyo (1596) Soledad
1600-1649	Generalizada	San Juan de Puerto Rico (<1604) Sol Puebla (<1606) Soledad Xochimilco (<1610) Sol Morelia (<1619) Soledad Oaxaca (1619) Soledad Guanajuato (1646) Sol y SE	Cali (<1602) Soledad Santiago de Chile (<1603) Sol Caracas (1604) Soledad Trujillo (1604) Soledad Asunción del Paraguay (1608) SE y Sol Buenos Aires (<1623) SE Potosí (< 1633) Sol
1650-1699	Generalizada	Panamá (<1650) Sol y SE	Barquisimeto (1650) SE y Sol

*Elaboración propia a partir de numerosos documentos y publicaciones. Sol = Soledad; SE = Santo Entierro

3. COFRADÍAS DEL NAZARENO O DE LOS NAZARENOS²⁵

Normalmente, en tercer lugar, nace la cofradía de Jesús Nazareno o de los nazarenos, que organiza la procesión en la madrugada del Viernes Santo, con un elaborado ritual que, a partir de la lectura de la sentencia de condena dada por Pilatos, revive el camino de Jesús al Calvario, con el momento culminante en que se encuentra con la Virgen en la calle de la Amargura. Utilizan hábito de color morado y sus hermanos portan cruces sobre sus hombros como penitencia. Como señalaba el abad Sánchez Gordillo hacia 1635, en el hospital de las Cinco Llagas de Sevilla se estableció:

“una devotísima cofradía con el nombre de la Santa Cruz en Jerusalén, o de las Cruces, y de Jesús Nazareno, o de los Nazarenos, porque en ella no van los hermanos con otra penitencia sino con una cruz a cuestras y hombros. En el principio de la fundación de esta cofradía, además de las túnicas de lienzo morado de color que llevaban puestas los cofrades, usaban coronas de yerbas de cambrones y cabbelleras, con que cubrían los rostros, y sogas a las gargantas de esparto, gruesas y ceñidas desde el cuello por todo el cuerpo y cintura”²⁶.

Las cofradías más antiguas bajo esta advocación nacen en la segunda mitad del siglo XVI y se generalizan a comienzos del siglo XVII, logrando pronto gran esplendor, especialmente en Guatemala. En Lima, como sucedía en la mayor parte de los lugares, sus cofrades se distinguían por participar en la procesión “con sus túnicas moradas y cruces en los hombros”²⁷.

TABLA 3: DATACIÓN DE LAS COFRADÍAS DEL NAZARENO

	Península	América del Norte y central	América del Sur
1550-1599	Sevilla Silencio (1564) Cartagena (1565) Córdoba (1579)	Guatemala (1582)	

25 *Actas del Congreso Internacional Cristóbal de Santa Catalina y las Cofradías de Jesús Nazareno*, ed. por Juan Aranda Doncel (Córdoba, 1991); Fermín Labarga, “Apuntes sobre la devoción a Jesús Nazareno en América Latina”, en *La advocación de Jesús Nazareno. Actas del Congreso Nacional*, ed. por Juan Aranda Doncel, (Córdoba 2007) vol. 1, 31-68.

26 Alonso Sánchez Gordillo, *Religiosas estaciones que frecuenta la religiosidad sevillana*, ed. por Jorge Bernalles Ballesteros (Sevilla 1982) 157-158.

27 Bernabé Cobo, *Historia de la fundación de Lima*, en *Monografías históricas sobre la ciudad de Lima*, (Lima 1935) vol. 1, 311.

	Granada (h. 1579-1587) Écija (1582) Murcia (1592) Jaén (<1594) Valladolid (1596)	La Merced Santo Domingo (1592) Puebla (1595)	Bogotá (1599)
1600-1649	La Laguna (1609) León (1611) Cuenca (1615) Cáceres (1618)		LIMA (h. 1600-1610) Tunja (1601) Santiago de Chile (<1610) Cartagena Indias (<1614)
1650-1699	Zamora (1651)	Panamá (<1650) México (1673) Guatemala (<1677) Candalaria La Habana (<1684) Xalapa (1685)	El Tocuyo (<1657) Caracas (1666) Cuzco (<1671) Oropesa (1682) Córdoba Tucumán (1683) Barquisimeto (1687) Potosí

*Elaboración propia a partir de numerosos documentos y publicaciones.

No cabe duda de la influencia originaria de los rituales procesionales trasladados de la Península a la América española, pero allí se desarrollaron, en algunos casos, con formas peculiares y un esplendor similar hasta configurarse con una identidad propia.

II. LAS PROCESIONES DE SEMANA SANTA

La celebración de las procesiones de Semana Santa en la América colonial sigue, en líneas generales, el esquema peninsular, siendo las cofradías las encargadas de organizarlas. Si bien es cierto que no existe demasiada bibliografía al respecto, últimamente se ha despertado el interés por su estudio y están

apareciendo trabajos de calidad, singularmente para el caso de Lima, que cuenta con trabajos solventes²⁸, y el de Guatemala, donde la importancia de sus procesiones se acompaña de un notable interés por el estudio científico del fenómeno²⁹. Con todo, como indicaba hace años López-Guadalupe, “se constata la necesidad de estudios analíticos y comparativos en relación con las manifestaciones de la religiosidad popular en España (...) y en Indias”³⁰, lo que resulta especialmente válido para el caso que nos ocupa de las cofradías penitenciales y la celebración de la Semana Santa.

En algunos lugares, el ciclo procesional comenzaba en plena cuaresma. En Guatemala se sabe que todos los viernes de Cuaresma había procesión penitencial con imágenes y disciplinantes. Conforme se acercaba la Semana Santa, era mayor la intensidad de las celebraciones, como señala Arzans refiriéndose a la imperial villa de Potosí:

“La devoción de la Semana Santa y sus procesiones son con toda magnitud precediendo la semana de Lázaro muy tiernas funciones en todas las parroquias y demás iglesias, despedimientos de Cristo Nuestro Señor y su santísima Madre con muy devotas procesiones de indios en que se consumen muchos quintales de cera. El viernes de la semana de Lázaro, en que se da fin al setenario de los dolores de Nuestra Señora en la parroquia de Copacabana, sale aquella tarde una devotísima procesión de españoles con la milagrosa imagen de la madre de Dios de los Dolores, que la acompaña toda la Villa”³¹.

El Domingo de Ramos tenía lugar la procesión litúrgica de los ramos, a la que podía acompañar también una representación en tono festivo de la entrada de Jesús en Jerusalén. Según relatan Motolinía y Mendieta entusiasmaba a los indios³². Torquemada, refiriéndose a Cortés, señala igualmente que tras la

28 Guillermo Lohman Villena, *La Semana Santa de Lima* (Lima: Foptur – Banco de Crédito del Perú, 1996); Diego Levano, *Procesión y fiesta. La Semana Santa de Lima* (Lima: Munilibro, 2016); Jesús Porres Benavides, “Cofradías y hermandades penitenciales en la Lima colonial de los siglos XVII y XVIII”, en *Identidades y redes culturales. Actas del V Congreso Internacional de Barroco Iberoamericano* (Granada: Universidad, 2021) 987-995.

29 Desde el libro pionero de Luis Luján Muñoz ya mencionado hasta los recientes, pasando por las monografías de la colección “Días de muerte y gloria”. También cabe destacar por su loable intento de síntesis del fenómeno de la Semana Santa en México, el libro titulado *La Semana Santa en México. Con la muerte en cruz* (México: Conaculta, 2001).

30 López-Guadalupe, *Cofradías en Granada y América*, I, 675.

31 Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela, *Historia de la villa imperial de Potosí*, ed. por Lewis Hanke y Gunnar Mendoza (Providence, Rhode Island: Bown University Press, 1965) II, 327.

32 Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. por Mercedes Serna Armaiz y Bernat Castany Prado (Madrid: Real Academia Española, 2014) 75-76; Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, ed. por Joaquín García Icazbalceta (México: Antigua Librería, 1870) 429-434.

pacificación de Tabasco, coincidiendo con el Domingo de Ramos organizó una procesión en la que participaron muchos indios con gran recogimiento³³. Posiblemente se trataba de procesiones muy sencillas en las que simplemente se portaban los ramos mientras se caminaba cantando hacia el templo. Motolinía refiere que, en medio de un gran júbilo, “unos cortaban ramas y las echaban por el camino al tiempo que pasaban las cruces, otros encima de los árboles cantaban, otros muchos iban echando sus ropas y mantas en el camino”³⁴.

De todas formas, la entrada triunfal de Cristo se prestaba fácilmente para una representación teatralizada, de ahí que en numerosos lugares se organizaran escenificaciones, como en Lima donde se buscaba el mejor asno para que quien hacía de Jesús se subiera en él y avanzara por las calles acompañado de los apóstoles, mientras un coro de niños entonaba las antífonas propias del día³⁵. Hasta la actualidad se sigue haciendo en Ayacucho y otros lugares, si bien se coloca una imagen de Cristo sobre el pollino, cuyas riendas se disputan las primeras autoridades.

Durante los primeros días de la Semana Santa, lunes y martes, sólo en algunos casos muy puntuales se celebraron procesiones, por ejemplo, en Potosí, Santafé de Bogotá³⁶, Guatemala y México. Al igual que sucedió en Sevilla, las diferentes cofradías establecieron sus procesiones de acuerdo con un calendario perfectamente establecido para evitar conflictos, si bien estos no dejaron de producirse por cuestiones referidas principalmente al protocolo³⁷.

En México, sabemos que, en 1722, el Lunes Santo partía la procesión de la iglesia de la Redonda, el Martes del convento franciscano de San Juan de la Penitencia, el Miércoles por la mañana del de San Juan de Dios. Ya el Jueves Santo había varias procesiones organizadas por otras tantas cofradías, entre las que destacaba la de la Preciosa Sangre de Cristo, que contaba con varios pasos y la representación de “todos los profetas mayores y menores, y las sibilas ricamente aderezadas, con los instrumentos de la Pasión, y en tarjas bien escritas las palabras de sus vaticinios”. El Viernes también tenían lugar varias procesiones, como la organizada por la cofradía de las Tres Caídas o la más principal de todas, la del Santo Entierro, de la antigua archicofradía del Descendimiento y Sepulcro

33 Torquemada, *Tercera parte de los veinte y un libros rituales y monarchia Indiana*, 225-226.

34 Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, 76.

35 Jean Descola, *Daily life in colonial Peru (1710-1820)*, (London: Allen & Unwin, 1968) 160.

36 Juan Manuel Pacheco, *La consolidación de la Iglesia. Siglo XVII*, en *Historia extensa de Colombia*, XIII/2 (Bogotá: Lerner, 1975) 536.

37 Jorge Bernal Ballesteros, “Las hermandades de Sevilla y su proyección en América”. *Apotheca* 6 (1986) 51-80; Bibiano Torres Ramírez, “Las hermandades andaluzas y su influencia en América a través de sus reglas”, en *Signos de Evangelización*, 45-62.

de Cristo del convento de Santo Domingo³⁸. Años después, las cosas habían variado un tanto, añadiéndose, por ejemplo, una procesión vespertina el Domingo de Ramos, a cargo de la cofradía de Jesús Nazareno³⁹.

Por lo que respecta a Lima, el Miércoles Santo salía a las calles la cofradía de los Nazarenos del convento de Santo Domingo; el Jueves, la de la Vera Cruz del mismo convento por la tarde y, al anochecer, la del Cristo de Burgos del convento de San Agustín, con gran número de penitentes; el Viernes Santo por la noche la cofradía de la Soledad, del convento de la Merced, y otra del de San Francisco con más de mil penitentes⁴⁰.

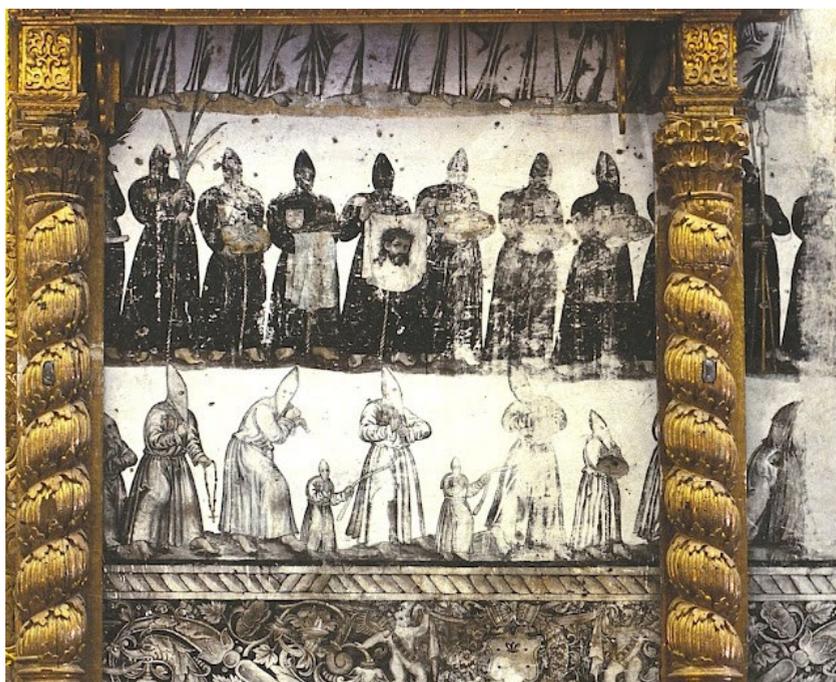


Ilustración 3. Disciplinantes. Retablo y pintura al fresco con la procesión del Viernes Santo, Anónimo, segunda mitad del siglo XVI. Templo del ex convento franciscano de San Miguel, Huejotzingo, Puebla, México

38 Luis González Obregón, *México viejo* (México: Patria, 1980) 463-469.

39 Luisa Zahino Peñafort, *Iglesia y Sociedad en México. 1765-1800. Tradición, Reforma y Reacciones* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996) 110-111.

40 Joaquín Rodríguez Mateos, "Las cofradías de Perú en la modernidad y el espíritu de la contrarreforma", *Anuario de Estudios Americanos* 52/2 (1995) 27.

Estas procesiones despertaban el fervor popular y concitaban ingentes multitudes en las grandes ciudades. Cabe imaginar a partir de estos datos la masificación y los problemas que de ella se derivaban, con los consiguientes disturbios de orden público. Como se prestaban también fácilmente a servir de escenario para revueltas populares, en años especialmente conflictivos las autoridades determinaron su suspensión. Así ocurrió, por ejemplo, en México en 1611, año en que durante “la Semana Santa no hubo procesiones de sangre por mandato de la dicha Audiencia y se cerraron las puertas de las iglesias el Jueves Santo y lo mismo pasó en la Ciudad de los Ángeles”⁴¹. Según informa Mugaburu, otro tanto sucedió en Lima en 1670⁴².

Dentro de la que bien puede denominarse *semana mayor* de la ritualidad católica, durante la Semana Santa podemos destacar tres momentos álgidos, correspondientes cada uno de ellos a una de las tres tipologías cofrades señaladas: la procesión de disciplina de la tarde noche del Jueves Santo; la procesión del Nazareno, con su para-teatralidad ritual, en la madrugada del Viernes Santo; y la función del descendimiento y procesión del Santo Entierro en la tarde de ese mismo día. Se completaría todo este gran entramado ritual con la procesión de la mañana del Domingo de Pascua, que constituye el culmen y complemento gozoso de la *Semana de Pasión*.

III. JUEVES SANTO: LA PROCESIÓN DE DISCIPLINA

El Jueves Santo era un día especialmente emotivo en el calendario ritual católico de los siglos modernos. Por la mañana tenían lugar los santos oficios, a partir de los cuales quedaba instalado en las diferentes iglesias el Monumento con la reserva eucarística. La costumbre establecía que habían de visitarse, en donde era posible, cinco o siete sagrarios y realizar la correspondiente estación. En muchos casos, ante el Monumento quedaban haciendo guardia algunos soldados ataviados a la usanza romana (o lo que se concebía por tal). Como privilegio muy especial se consideraba el custodiar la llave del sagrario hasta los oficios del día siguiente, honor que solía recaer en la autoridad de mayor rango de cada población.

41 Juan de Torquemada, *Primera parte de los veinte y un libros rituales y monarchia Indiana* (Madrid: en la imprenta de Nicolás Rodríguez Franco, 1723) 768

42 Joseph y Francisco de Mugaburu, *Diario de Lima (1640-1694) crónica de la época colonial* (Lima: Imp. de Librería Sanmartí y Ca., 1917) vol. 1, 196.

Al anochecer tenía lugar la procesión, organizada por la cofradía de la Vera Cruz, que solía revestirse de un carácter de oficialidad participando en ella, de manera casi universal, las autoridades civiles, además de las eclesiásticas. El cortejo reproducía el modelo de la metrópoli. Refiriéndose a Potosí, Arzans indica que iban los “españoles vestidos unos a lo cortesano de golilla, y los otros de tafetán doble y fondo negro, sin capas, alumbrando a la sábana santa y estandarte del Santo Cristo de la Veracruz (que lo saca ordinariamente el otro alcalde ordinario) todos con hachas de a tres libras”⁴³. Aunque, sin duda, lo más llamativo era la presencia de los disciplinantes.

La costumbre había sido importada de la Península, pero arraigó profundamente entre los indígenas, cuyos cultos anteriores atribuían un fuerte valor expiatorio a la sangre derramada en los sacrificios. En Santo Domingo esta procesión ya se celebraba en 1515⁴⁴. Por Torquemada sabemos que en México en el año 1609 salió de la capilla de San José de los Naturales una procesión “con más de veinte mil indios en todos, y más de tres mil penitentes, porque se juntan allí los de cuatro cabeceras, y de allí salen azotándose, con doscientas y diez y nueve insignias de Cristos y otras de su pasión”⁴⁵. Motolinía informa también no solo del crecidísimo número de indios que se disciplinaban sino también de la devoción con que lo hacían, que servía de ejemplo y estímulo para los españoles⁴⁶. Y, de igual modo, refiriéndose a Quito, Rodríguez Docampo, refiere que todos los años al anochecer del Jueves Santo “se hace la procesión de Sangre de españoles e indios en gran número con sus imágenes y luces”⁴⁷.

El ejercicio de la disciplina pública, en la que los cofrades se flagelaban durante la procesión, derramando su sangre a imitación de lo que Cristo padeció en su pasión, debió impactar sobremedida a los indígenas recién convertidos⁴⁸. En cierta manera, podía recordarles los sacrificios cruentos de sus antiguas religiones. ¿Hasta qué punto fue posible evitar la asimilación de ambos rituales? Parece seguro que los misioneros pondrían especial cuidado en evitar confusiones, fundamentalmente por medio de la predicación. De hecho, tal y como señalaban las cofradías más antiguas de la Vera Cruz erigidas en la Península,

43 Arzans de Orsúa y Vela, *Historia de la villa imperial de Potosí*, II, 328-329.

44 Vicente Rubio – María Ugarte, *Semana Santa en la ciudad colonial de Santo Domingo* (Santo Domingo, 1992) 23.

45 Torquemada, *Tercera parte de los veinte y un libros rituales y monarquía Indiana*, 259.

46 Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, 77.

47 Diego Rodríguez Docampo, “Descripción y relación del estado eclesiástico de San Francisco de Quito ... Año de 1650”, en *Relaciones geográficas de Indias* (Madrid: Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, 1897) III, apéndice I, XXXI.

48 Fermín Labarga, “La devoción a las Cinco Llagas y a la Sangre de Cristo en las cofradías riojanas de la Vera Cruz”, *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía* 18 (1999) 381-392.

antes de la procesión de disciplina, un sacerdote dirigía una plática a los hermanos orientándoles a realizar su mortificación con rectitud de intención y a ofrecerla como penitencia por los pecados personales y en unión a la pasión de Cristo.

Aun con todas estas advertencias, resulta verdaderamente llamativo para el historiador la cifra de disciplinantes que indican los cronistas, que con toda seguridad no se alcanzó nunca en ninguna población de la Península. Jerónimo de Mendieta refiere que en México “en este presente año de mil y quinientos y noventa y cinco. El Jueves Santo salió la procesión de la Veracruz con más de veinte mil indios y más de tres mil penitentes con doscientas y diez y nueve insignias de Cristos e insignias de su pasión. El Viernes salieron en la procesión de la Soledad más de siete mil y setecientos disciplinantes por cuenta con insignias”⁴⁹.

Al igual que sucedía en la Península, en sus inicios la procesión de la Vera Cruz era muy sencilla, incluyendo tan solo crucifijos que eran portados por un hermano y, por tanto, de reducido tamaño. El protagonismo radicaba indiscutiblemente en los disciplinantes. Con todo, desde comienzos del siglo XVII, el cortejo procesional comenzó a engrandecerse con toda una serie de elementos de gran vistosidad, como estandartes, insignias y faroles, en un proceso de enriquecimiento visual muy propio de la estética y el gusto del barroco, del que su manifestación más elocuente son los pasos procesionales. A este propósito, el P. Vetancur refiere que en el convento de San José de los Naturales de México salían las procesiones con los pasos, “para cuyo efecto tienen de talla y goznes judíos y soldados, sacándole a voz de trompeta, con sus luces y música”⁵⁰.

49 Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 436-437.

50 Agustín de Vetancur, *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico: Quarta parte del Teatro Mexicano...* (México: por doña Ana de Benavides, 1697) 42.



Ilustración 4. *Procesión Santo Cristo*, Anónimo, comienzos del s. XVIII. Exconvento de Singuilucán, Hidalgo, México.

En los lugares más reducidos los pasos procesionales se reducían, en muchos casos, a un Crucifijo de mayor tamaño, normalmente advocado de la Vera Cruz, y a unas andas con la imagen de la Virgen de los Dolores o de la Soledad. Se conservan algunos valiosos testimonios pictóricos de aquellas procesiones, como el lienzo de la procesión del Jueves Santo de 1651 en Singuilucan (Hidalgo)⁵¹. Por el contrario, en las capitales, como Lima, la magnificencia de los

51 Jaime Ángel Morera González, “El milagro del Santo Cristo de Singuilucan”, en *Imágenes de los naturales en el arte de la Nueva España: siglos XVI al XVIII*, ed. por Elisa Vargaslugo (Ciudad de México: Fomento Cultural Banamex, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2005), 239-247. Se trata de un lienzo anónimo de comienzos del siglo XVIII ubicado en el sotocoro de la iglesia del antiguo convento de Singuilucan en el que queda reflejada la procesión del Jueves Santo de 1651, en la que aparece un nutrido grupo de cofrades, vestidos de hábito blanco, y cubierto el rostro con cucurucho alto sobre la cabeza, también de color blanco, que se disciplinan; seguidamente aparece el Cristo (denominado Señor de Singuilucan) que es portado por varios cofrades y avanza bajo palio negro, alumbrado por los hermanos de luz; sigue otro grupo de disciplinantes, sin hábito y con el rostro cubierto sin cucurucho; y detrás la imagen de la Virgen de la Soledad en unas andas pequeñas, portadas por cuatro mujeres.

pasos nada tenía que envidiar a las de la metrópoli. En el convento de San Francisco de Quito se han conservado varios pasos de la cofradía de la Vera Cruz: la oración del huerto, el prendimiento, la columna, la negación de san Pedro, el Ecce Homo y el Nazareno. Aunque es ya del siglo XIX hay que mencionar la espléndida acuarela de Pancho Fierro, propiedad de la Hispanic Society of America (New York), titulada “Procesión del Jueves Santo por la calle de San Agustín” de Lima, realizada en 1832, donde pueden apreciarse los diez pasos que la conformaban, al frente de los cuales desfilaban el del “arquero de la muerte” y la imagen de san Nicolás de Tolentino disciplinándose.



Ilustración 5. *Procesión del Santo Cristo de Burgos de San Agustín el Jueves Santo*, Pancho Fierro, Lima, 1832. Hispanic Society of America, Nueva York.

IV. MADRUGADA DEL VIERNES SANTO: LA PROCESIÓN DEL NAZARENO

La cofradía de los Nazarenos de Mérida de Yucatán salía en procesión a la medianoche del Jueves Santo⁵². Otras lo hacían al rayar el alba, ya con la

52 Gabriela Solís Robleda, *Entre la tierra y el cielo: religión y sociedad en los pueblos mayas del Yucatán*

primera claridad del Viernes Santo. Normalmente al amanecer o durante la mañana, solía organizarse la ceremonia del encuentro de Cristo con su Madre en la calle de la Amargura, dando lugar a pequeños autos normalmente acompañados de una predicación alusiva. Como he tenido la oportunidad de demostrar, durante esta procesión se desarrollaba una especie de teatro sacro en el que, conjugando todos los recursos a su alcance (predicación, actores vivos e imágenes sagradas), se ponían en escena los *pasos* de la Pasión que se correspondían supuestamente con las horas comprendidas entre el amanecer y el mediodía del Viernes Santo: el prendimiento de Cristo en el huerto, su juicio ante Anás y Caifás y la presentación al pueblo en el pretorio. Para estas representaciones se disponían tablados en los que se recreaban los escenarios, siendo habitual que el pretorio se dispusiera delante de una casa con balcón, ricamente aderezado, desde el que Pilato leía la sentencia que condenaba a Cristo⁵³.

Gran importancia adquirió en esta procesión la presencia de armados o soldados, formando una escuadra o compañía que participaba en el prendimiento, juicio y posterior camino al calvario. Iban ataviados al estilo romano (o así lo creían ellos) y “lucían cotas de maya, galones de oro falso y de plata, petos, morriones multicolores, botas, cueras, espaldares y armas diversas”. Algunos de ellos, denominados “centuriones” iban a caballo. “Estos armados ganaron enorme popularidad entre los españoles y las castas; pero mucho más entre los indios del Reino de la Nueva España”⁵⁴.

Con la lectura, o pregón, de la sentencia daba comienzo la representación del camino al Calvario con las tres caídas y los episodios del encuentro con la Verónica, que despliega su lienzo apareciendo la santa faz, y con la Virgen en la calle de la Amargura que, acompañada por san Juan, contempla a su Hijo que carga con la cruz, momento en el que se suelen realizar tres venias o reverencias.

Ovalle refiere el ritual desarrollado en Santiago de Chile por “la famosa cofradía de los Nazarenos, que se compone de españoles, maestros y oficiales de varias artes y está fundada en el Real convento de Nuestra Señora de la Merced y es de las más ricas y más bien servidas”. Según el cronista

“Sale esta procesión, o por mejor decir tres procesiones (porque cada uno de los

colonial (México: Ciesas-Icy-Miguel Ángel Porrúa, 2005) 215.

53 Fermín Labarga, “Theatre and Holy Week. The Configuration of Spanish Penitential Procession in the 16th Century”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 10/2 (2022) 847-862.

54 Delfina López Sarrelangue, “Los armados novohispanos en las procesiones de Semana Santa”, en *Visiones y creencias* (México: UNAM, 1992) 243; Alicia Bazarte Martínez, “El espacio vivo de la muerte”, en *Corporaciones Religiosas del siglo XVIII* (México: Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, 2001) 172-173.

tres trozos en que se divide, pudiera por si solo hacer una muy buena y bien cumplida como en efecto lo es), llevando la primera la Berónica a la catedral donde espera para salir de allí al encuentro a la otra, en que viene al redemptor de la vida con la cruz a cuestas arrodillando con su peso.

Cuando esta segunda, que es la mayor, llega a la plaza, sale la que estaba esperando en la catedral al encuentro y, a cierta distancia, a vista de innumerable pueblo, llega la Beronica y hincando la rodilla a la imagen de Christo (que es insigne) hace la representación de limpiarle el rostro y mostrar al pueblo la imagen que en él quedó estampada; y comenzando a marchar, aparece la tercera procesión, en que viene san luan mostrando a la Virgen santísima aquel doloroso espectáculo, con que se viene a formar una procesión muy grande con muchas hachas”⁵⁵.



Ilustración 6. Procesión del Encuentro en la mañana del Viernes Santo, *Semana Santa en Cuautitlán*, Primitivo Miranda, 1858. Museo Nacional de Historia, México.

Un ritual similar se observaba en México, donde los franciscanos organizaban con la cofradía de los Nazarenos la procesión de “las Tres Caídas y Encuentro”, que tenía lugar el “Viernes Santo a las tres de la mañana con la imagen devota de Cristo con la cruz cargado, donde salen más de seiscientas personas, con cruces y hachas a trechos, con silencio edificando al pueblo y, a la vuelta,

55 O valle, *Histórica relación del Reyno de Chile*, 166.

se hace con voz de predicador en el patio del convento el paso de las tres caídas, el de la Santa Verónica que le limpia el rostro y el del encuentro de su Santísima Madre, que incita a lágrimas de ternura y a muchos actos de contrición al concurso numeroso que le asiste⁵⁶. Aun se conservaba todavía en México mediada ya la centuria decimonónica⁵⁷. Con todo, estas representaciones, con el paso del tiempo, habían dado lugar a irreverencias y desacatos, tal y como refiere Olavarría, por lo que fueron suprimidas en la mayor parte de los lugares por la autoridad eclesiástica⁵⁸.

Probablemente para evitar su coincidencia con la celebración de los santos oficios que (hasta la reforma litúrgica de Pío XII en 1955) tenían lugar por la mañana, en numerosos lugares esta procesión, con toda su rica para-teatralidad, se trasladó a la tarde del Miércoles Santo, como en el caso mencionado de Santiago, en Quito, Bogotá, Córdoba del Tucumán y otras poblaciones principales⁵⁹.

V. VIERNES SANTO: DESCENDIMIENTO Y SANTO ENTIERRO

También por la mañana tenían lugar los Oficios del día y, seguidamente aunque ya en el siglo XVIII, desde las doce del mediodía hasta las tres el *Sermón de las Siete Palabras*, cuyo origen se localiza en la Santa Escuela de Cristo de Lima⁶⁰. De igual forma, en algunos lugares, se celebraba el llamado *Sermón del Descendimiento* durante el cual se procedía a desenclavar la imagen del crucificado y depositarlo en el sepulcro para la procesión vespertina⁶¹.

El cronista Dávila Padilla ofrece una pormenorizada descripción del sermón del descendimiento, que comenzó a celebrarse en México, en la iglesia del convento de Santo Domingo, en 1582, año en que se erigió la cofradía del Descendimiento y Sepulcro de Cristo:

“En medio de la Capilla mayor de S. Domingo de México se asienta un tablado

56 Vetancur, *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico*, 42

57 Niceto Zamacois, “Méjico en 1857”, *Nuevo viajero universal* (Madrid 1861) III, 235.

58 Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México* (México, 1985), I, 16.

59 Ana María Martínez de Sánchez, *Cofradías y obras pías en Córdoba del Tucumán* (Córdoba: Universidad Católica de Córdoba, 2006) 207-209.

60 Fermín Labarga, *La Santa Escuela de Cristo* (Madrid: BAC, 2013) 731.

61 Fermín Labarga, “Devoción a la pasión, predicación y cofradías. La función del Descendimiento en La Rioja”, en *Religiosidad popular en España: actas del Simposium*, coord. por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (San Lorenzo de El Escorial: Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 1997) 673-692.

grande (...) En este se da lugar a tres cruces que, cavadas en el suelo, suben a lo alto casi tres estados. En las cruces se representa forma de Calvario, rodeándolas de algunas piedras y yerbas silvestres. En la cruz de Christo nuestro Señor está puesta su imagen muy devota, de las que en esta tierra hacen de caña, con el primor que para aquel espectáculo se requiere. Los hombros y rodillas están con tal disposición, con unas bolas que tienen por de dentro bien disimuladas y cubiertas, que hacen juego con mucha facilidad como si fuesen de cuerpo natural. En las cruces colaterales están los bultos de los dos ladrones obradas de la misma materia. En el resto del tablado se ponen las imágenes que se llevan en andas por la procesión, de tal suerte que a la mano derecha del Santo Crucifijo queda la imagen de la Reina de los Ángeles, que va en pie vestida de luto, con solo un lienzo en las manos, con muestras de que le sirve para enjugar las lágrimas del rostro. Está la imagen hecha de tal suerte que, con unos cordeles que se mandan por debajo de las andas, pueda la imagen llegar las manos y paño al rostro y humillar la cabeza, y también inclinar el cuerpo. Todo esto sirve para mucha devoción del pueblo cuando se va haciendo el descendimiento. Comienzase toda esta devoción el viernes poco después de mediodía, de suerte que a las dos de la tarde se comienza el sermón, que sirve de plática para los que se disciplinan y de sentimiento para todos. Propone el predicador alguna consideración acerca de la Cruz y muerte de Christo nuestro Señor y dispone su intento dando introducción al descendimiento. A este punto que el predicador trata de dar sepulcro al cuerpo santo, salen de la sacristía cinco sacerdotes y cinco ministros con vestiduras sagradas, cuya devoción y devotos pasos hacia el tablado hacen dar muchos [suspiros] de devoción al auditorio”.

“Vienen los dos acólitos con sendas escaleras que traen abrazadas y llegadas al pecho... Viene otro religioso con un incensario, para turibular al cuerpo santo. Salen cuatro sacerdotes con albas y estolas, para llevar en hombros las andas en que ha de ir el cuerpo al sepulcro. Los últimos son el preste y los ministros, aunque no sacan dalmáticas ni capa hasta comenzar la procesión. Todos estos religiosos suben al tablado por seis gradas que tiene a la vista de la iglesia y se arro-dillan todos, esperando que el predicador en su nombre pida licencia a la Reina de los Ángeles para descender a su hijo. El predicador la pide con las palabras más tiernas que Dios le ofrece: y ellos comienzan a dar asiento a las escaleras quedando entrambas rostro a rostro, una por el un brazo de la Cruz y otra por el otro. Suben dos sacerdotes, haciendo salva a cada escalón y poniendo la boca en él antes que pongan el pie. Primero que comienzan a quitar los clavos, descogen dos blancas de que van ceñidos, y cubiertas las manos con ellas, descubren el rostro del Señor levantando el cabello crecido que se le cubría. La primera insignia que quitan es la esponja que está sobre una caña al un lado de la cruz, en

proporción de la lanza que está al otro. Llévala en sus manos el sacerdote que hace el oficio (que ordinariamente es el Provincial si está presente y en su ausencia el Prior de México) luego que recibe la insignia en un paño, con que lleva cubiertas las manos, la llega con devoción a la boca y a los ojos y se la va a presentar a la Virgen santísima María, que la recibe también en las manos, que tiene cubiertas de un lienzo, y le hace inclinación y salva moviendo grandemente al auditorio”.



Ilustración 7. Descendimiento, Mudo Neyra, 1722. Monasterio de Santa María Magdalena, Medina del Campo, Valladolid.

Luego, y siempre a las órdenes del predicador, los clérigos-actores iban desenclavando la imagen de Cristo y depositando la lanza, la corona de espinas y los clavos delante de la imagen de la Virgen.

“Quitados todos tres clavos, queda el cuerpo pendiente de las toallas, con que los

dos sacerdotes iban ceñidos, y todos los demás religiosos que están al pie de la cruz, tienen tendida una sábana, para recibir en ella al cuerpo santo. Después de puesto en ella, le llevan todos los religiosos a los brazos de la Reina de los Ángeles, que le recibe y llega al rostro, causando solo este paso tanta devoción como todos juntos. (...) Aquí suele ser tanto el ruido de los sollozos y sentimiento del pueblo, que apenas se entiende el predicador, que pide licencia a la Virgen para dar sepulcro al cuerpo de su hijo. Comienza entonces la capilla de la iglesia mayor, que siempre acude a honrar esta devota ceremonia, y cantase un motete al propósito, haciendo la consonancia de voces nueva ocasión de sentimiento para todos. Entre tanto se ordena la procesión”.

En plena tarde en algunos sitios o bien ya al anochecer, en otros, pero siempre en medio de todo tipo de manifestaciones de luto y dolor, se disponía la procesión del santo entierro en la que participaban las autoridades formando parte del duelo. El cortejo era similar en los diferentes lugares. Seguimos con la descripción de Dávila Padilla:

“Como en las exequias de los príncipes se suelen arrastrar estandartes y mostrar insignias de sus trofeos, así también en el enterramiento de Christo nuestro Señor, al principio de todas las insignias va un carro pequeño cubierto de luto y en medio del una Cruz, a cuyo pie va prostrada la muerte y de cuyos brazos cuelga un título que dice: *Vbi est mors victoria tua?* muerte ¿dónde está tu victoria?; y por otra parte: *Ero mors tua ó mors:* muerte yo seré tu muerte (...) Este carro llevan tres trompetas, que van vestidas con túnicas negras y trompetas destempladas que, tocándolas de cuando en cuando, causan majestad y sentimiento. Luego le siguen tres estandartes; el principal que es guion de toda la procesión va en medio de otros dos colaterales, que arrastran por el suelo. Todos estos estandartes son de tafetán negro. Luego se siguen las insignias, por el orden en la Pasión, (...) La primera insignia son los treinta dineros que van en una fuente de plata cubierta de velo negro. El que lleva la fuente lleva la túnica negra con falda de luto de tres o cuatro varas de largo, y va entre dos cofrades de luz que llevan sendos cirios blancos encendidos. (...) A la misma traza van vestidos y acompañados los que llevan las demás insignias”.

Seguían, en efecto, el resto de insignias de la Pasión o *arma Christi*: “la sogá con que maniataron al hijo de Dios en su prisión”, la túnica blanca, la columna, los azotes, el trapo rojo de los escarnios, la caña, la corona de espinas, la santa faz de la Verónica, la cruz con una toalla blanca, la lanza y la esponja⁶².

62 En Guatemala, la cofradía del Santo Entierro, o de la Soledad, del convento de Santo Domingo comenzó a celebrar esta procesión en torno al año de 1650 por iniciativa del nuevo mayordomo, el criollo Antonio

“Luego se siguen dos Reyes de armas con las insignias de la Pasión bordadas de oro sobre negro, en el pecho y espalda de su ropa y con unas mazas reales al hombro con la propia insignia. Luego se siguen cuatro sacerdotes con capas da coro negras y cetros de plata en las manos. Aquí hacen coro los religiosos, y va en hombros de cuatro sacerdotes el cuerpo de Christo nuestro Señor, en unas andas cubiertas de un paño vistoso de terciopelo negro bordado, sobre el cual asienta la sábana en que los sacerdotes recibieron el cuerpo al bajar de la cruz, y queda el cuerpo en las andas, cubierto solamente con un velo de volante rajado de hilos negros y de plata. Luego, detrás del cuerpo va el guion con las armas reales de Christo, que son las insignias de su Pasión. Inmediatamente se sigue la imagen de la Virgen santísima, que es la viuda que más siente la ausencia de su dulce esposo y querido hijo y verdadero Dios. Aquí comienza la disciplina de los devotos cofrades, que son los enlutados de la casa real de la Iglesia: y en lugar de arrastrar lutos por el suelo derraman por él su propia sangre. Solo dos pasos van repartidos entre toda la disciplina, y aunque cada uno de ellos es solo, va muy acompañado de sentimiento. El primero que va en medio de toda la procesión es un S. Pedro puestos los ojos en el cielo y llorosos, con las manos enclavijadas (...) El otro paso que va en último, es de la santísima Magdalena con lágrimas en los ojos y el bote del unguento”⁶³.

En algunos casos el cortejo disponía de acompañamiento musical, pero en otros discurría en completo silencio, como manifestación de luto. Este era el caso de la procesión de la Soledad de Santiago de Chile, que salía del convento de San Francisco y sobre la que Ovalle asegura que “es de las más antiguas y absolutamente ha sido siempre la mejor; alábase en ésta, sobre todo el gran silencio, concierto y devoción con que todos van, sin que se sienta ni una palabra desde que sale hasta que vuelve a su casa”⁶⁴.

Además de relatos que describen la procesión del Santo Entierro, se conservan también pinturas y lienzos de gran interés para el historiador. Así, por ejemplo, la enorme pintura mural del antiguo convento franciscano de San Miguel de Huejotzingo (Puebla), de la segunda mitad del siglo XVI, en la que están representados el descendimiento y la procesión del Viernes Santo, organizada por la cofradía de la Vera Cruz. Los penitentes, ataviados con túnicas negras (aunque hay también algunos con hábitos blancos) y capuchas, aparecen

de Rizo, oriundo de Oaxaca; en ella aparecían siete ángeles que portaban los instrumentos de la Pasión delante de la urna de Cristo: Gerardo Ramírez Samayoa, *Consagrada imagen del Señor Sepultado del templo de Santo Domingo* (Guatemala: 2000) 16-17.

63 Dávila-Padilla, *Varia historia de la nueva España y Florida*, 563-565.

64 Ovalle, *Histórica relación del Reyno de Chile*, 167.

portando los símbolos de la pasión de Cristo (flagelos, cetro de caña, corona de espinas, clavos, túnica, dados, monedas, el paño de la Verónica, esponja, lanza), disciplinándose, o llevando en andas las esculturas talladas de un Cristo muerto, la Virgen, san Juan Evangelista y la Magdalena⁶⁵. Otra representación similar se encuentra en el exconvento dominico de San Juan Bautista de Teitipac (Oaxaca)⁶⁶.

La evolución experimentada por el cortejo durante un siglo puede observarse en los dos grandes lienzos de la cofradía limeña de la Soledad, de autor anónimo fechables hacia 1660-1665. El realismo y la profusión de detalles que muestran nos llevan a considerarlos como el mejor testimonio gráfico existente de las procesiones de Semana Santa tal y como se celebraban en los siglos del barroco.

En Lima, la magnificencia de sus procesiones no tenía nada que envidiar a las más principales ciudades de la Península, ni siquiera a Sevilla, a la que se propuso “imitar, seguir y superar”⁶⁷. Al igual que en aquellas, en la Ciudad de los Reyes también se fueron incorporando grandes pasos de misterio a la procesión del Viernes Santo. A partir de los lienzos mencionados de la capilla de la Soledad es posible saber que la cofradía sacaba a la calle seis pasos: abría la comitiva el de la lanzada o de Longinos, seguidamente iba el del descendimiento y detrás el de la cruz vacía (probablemente, con un esqueleto al pie, como en Sevilla), luego el paso del Santo Entierro, al que preceden y acompañan los religiosos de la comunidad franciscana, consistente en una rica peana de plata sobre la que descansa el cuerpo muerto de Cristo rodeado de cirios ardiendo; le sigue la presidencia eclesiástica y el palio de respeto; detrás avanza el paso de la Virgen de la Soledad bajo palio y, por último, un paso más pequeño y de difícil identificación iconográfica, que puede interpretarse como la llegada de

65 Jesús Miguel Palomero Páramo, “Las procesiones de «sangre» en Sevilla y Nueva España. A propósito de una pintura mural en la iglesia conventual de Huexotzingo”, en *Primeras Jornadas de Andalucía y América* (Huelva: Instituto de Estudios Onubenses “Padre Marchena”, 1981) II, 313-319; Elena Estrada de Gerlero, “El programa pasionario en el convento franciscano de Huejotzingo”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 20 (1983) 643-662; Susan Verdi Webster, “La cofradía de la Vera-Cruz representada en las pinturas murales de Huejotzingo. México”, *Laboratorio de Arte* 8 (1995) 61-72; Idem, “Art, Ritual, and Confraternities in Sixteenth-Century New Spain: Penitential Imagery at the Monastery of San Miguel, Huejotzingo”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 70 (1997) 5-43.

66 Pablo Escalante Gonzalbo, “Elogio de la cofradía y arraigo de la fe. La pintura mural de la capilla abierta de San Juan Teitipac”, en *Imágenes de los naturales en el arte de la Nueva España*, 224-237. Todos con túnica negra y capuz romo. El mural de San Martín Huaquechula (Puebla) representa únicamente a los disciplinantes, que llevan sobre su cabeza capirotos bajos.

67 Rafael Ramos Sosa, *Arte festivo en la Lima virreinal (siglos XVI-XVII)* (Sevilla: Consejería de Cultura, 1992) 24.

los apóstoles Pedro y Juan al Sepulcro, que encuentran vacío, con las vendas⁶⁸.



Ilustración 8. Procesión de la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de Lima, Anónimo, hacia 1660-1665. Capilla de la Soledad. Lima. Cortesía de la Cofradía.

Cada paso cuenta con cuatro cargadores ataviados con túnica y caperuz sin cucurucho, de color blanco; dada la magnitud y peso de las andas e imágenes, cabe suponer con todo fundamento que debajo de las andas se encontraba el resto de portadores. Además, se ven algunos disciplinantes, sahumadores y otros hermanos pidiendo limosna con bandejas.

68 Luis Eduardo Wuffarden, “Procesión del Viernes Santo en Lima”, en *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América (1550-1700)* (Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999) 144-145; Kelly Montoya Estrada, “Una procesión de Viernes Santo en Lima del siglo XVII”, en *Corporaciones religiosas y evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVII*, ed. por Diego Levano Medina y Kelly Montoya Estrada (Lima: Universidad Nacional de San Marcos, 2010) 143-160; Porres Benavides, “Cofradías y hermandades penitenciales en la Lima colonial”, 991-992. Estos dos últimos autores señalan que el paso que se ve tras la Soledad se correspondería iconográficamente con la Cena de Emaús, pero resulta muy improbable por el anacronismo de dicho misterio en una procesión del Santo Entierro.

También en este caso, hay que mencionar la “Procession de Vendredi-Sant á Quito” que hizo el viajero Alcide D’Orbigny, incluida en su obra *Voyage dans les deus Ameriques* (París, 1854)⁶⁹, en la que se pueden apreciar algunas de las curiosas y típicas figuras de la procesión quiteña, como las denominadas “almas santas” con sus altísimos cucuruchos o los canónigos con las caudas desplegadas en señal de luto.

Con esta procesión concluían propiamente las celebraciones en torno a la Pasión ya que, en la mañana del Sábado Santo, de forma completamente anacrónica, se festejaba la Resurrección de Cristo con la celebración de la Vigilia Pascual.

VI. DOMINGO DE PASCUA: PROCESIÓN DE GLORIA

La piedad popular siguió reservando el Domingo de Pascua para la celebración de procesiones en que se escenificaba el encuentro de Cristo Resucitado con su Madre. Para ello se utilizaban imágenes tanto de la Virgen como de Cristo, si bien, en algunos casos, la de éste era sustituida bien por un Niño Jesús bien por la custodia con el Santísimo, recurso que demuestra a las claras la profunda fe popular en el misterio de la Eucaristía como presencia de Cristo Resucitado.

Mendieta refería en 1595 que

“La mañana de la Resurrección salió la procesión de San José con doscientas y treinta andas de imagines de Nuestro Señor y Nuestra Señora y de otros santos todas doradas y muy vistosas. Iban en ella todos los confrades de entrambas confradías arriba dichas de la Veracruz y Soledad que es gran número con mucha orden y con velas de cera en sus manos y demás de ellos por los lados gente innumerable de hombres y mujeres que cuasi todos también llevan candelas de cera. Van ordenados por sus barrios según la superioridad o inferioridad que unos a otros se reconocen conforme a sus antiguas costumbres. La cera toda es blanca como un papel y como ellos y ellas van también vestidos de blanco y muy limpios y esto al amanecer o poco antes es una de las vistosas y solemnes procesiones de la cristiandad. Y así decía el virrey D. Martin Enríquez que era una de las cosas más de ver que en su vida había visto”⁷⁰.

En todos los lugares, la mañana de Pascua constituía un verdadero regocijo, en el que se mezclaban la música y los cantos con el sonido de las campanas y

69 Alcide d'Orbigny, *Voyage dans les deux Amériques* (París 1854) 105-107.

70 Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, 436-437.

el estruendo de la pólvora. Tras la austeridad cuaresmal y el duelo de la Semana Santa, la alegría se desbordaba también en forma de procesión multitudinaria y ruidosa, como la que Ovalle refiere tenía lugar en Santiago de Chile, donde todos iban vestidos con “unas túnicas blancas de tela rica de plata o de raso o otro género de seda ricamente aderezadas y para este día se ponen todos las cadenas y joyas más preciosas y los aderezos y galas más lucidas”.

En esta procesión, que en muchos casos era organizada por la cofradía del Santo Entierro y la Soledad, se podían ver “muchos fuegos, música, danzas y otras alegrías”, y gran acompañamiento de “cajas y clarines”. Por las calles del recorrido, se ponían “arcos triunfales y colgaduras”. Delante de la catedral se representaba el encuentro de Cristo resucitado con la Virgen, alcanzándose el momento de mayor intensidad ritual y simbólica, con el que quedaba clausurada la Semana Santa. Tras haber asistido a la Misa, todos volvían a sus casas deseándose “las buenas pascuas”⁷¹.

CONCLUSIONES

Tras haber analizado los tres tipos de cofradías penitenciales que surgieron en la Península a lo largo de los siglos XVI y XVII (primero de la Vera Cruz, luego de la Soledad y Santo Entierro y, en tercer lugar, del Nazareno), cabe concluir que su implantación en los territorios americanos de la Monarquía hispana prácticamente fue simultánea, adquiriendo en las grandes urbes, como las capitales virreinales, una notoria importancia, de modo que pudieron contar con capillas propias y un patrimonio de gran envergadura. Asimismo, se reproducen los tres tipos de cofradías penitenciales y, en cierta medida, guardan una relación similar con las órdenes religiosas que las impulsaron. Por último, cabría concluir que también se trasladaron a los territorios americanos sus prácticas devocionales y penitenciales (singularmente la disciplina pública), así como la configuración básica de los cortejos, con sus pasos e imágenes, alcanzando un esplendor semejante al que podía darse en las poblaciones de rango similar, si bien con el paso del tiempo fueron introduciéndose formas rituales propias, fruto en muchas ocasiones de la idiosincrasia local.

71 Ovalle, *Histórica relación del Reyno de Chile*, 167.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FUENTES

- Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé, *Historia de la villa imperial de Potosí*, editado por Lewis Hanke y Gunnar Mendoza. Providence, Rhode Island: Bown University Press, 1965.
- Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier. *Catálogo de cofradías del Archivo del Arzobispado de Lima*. San Lorenzo del Escorial: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2014.
- Cobo, Bernabé. *Historia de la fundación de Lima, en Monografías históricas sobre la ciudad de Lima*. Lima: Imprenta Gil, 1935.
- CXIX reglas de hermandades y cofradías andaluzas: siglos XIV, XV y XVI*, editado por José Sánchez Herrero y Silvia María Pérez. Huelva: Universidad de Huelva, 2002.
- CXXII reglas de hermandades y cofradías andaluzas: siglos XVI y XVII*, editado por Silvia María Pérez y Juan Carlos Arboleda Goldaracena. Huelva: Universidad de Huelva, 2017.
- Dávila-Padilla, Agustín. *Varia historia de la nueva España y Florida*. 2ª impresión. Valladolid: por Juan Bautista Varesio, 1634.
- Mendieta, Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana*, edición de Joaquín García Icazbalceta. México: Antigua Librería, 1870.
- Motolinía, Toribio. *Historia de los indios de la Nueva España*, editado por Mercedes Serna Arnaiz y Bernat Castany Prado. Madrid: Real Academia Española, 2014.
- Mugaburu, Joseph y Francisco de. *Diario de Lima (1640-1694) crónica de la época colonial*. Lima: Imp. de Librería Sanmartí y Ca., 1917.
- Orbigny, Alcide d'. *Voyage dans les deux Amériques*. París: Furne, 1854.
- Ovalle, Alonso de. *Histórica relación del Reyno de Chile y de las Misiones y Ministerios que exercita la Compañía de Jesús*. Roma: por Francisco Caballo, 1646.
- Recapitulacion, o Extracto general de todas las ordenanzas, y constituciones hechas para la observancia de los señores Hermanos ... de la Nobilissima Archicofradia de la Santisima Vera Cruz ... del Convento Grande de N.P. Santo Domingo de esta ciudad de Lima*. Lima: Imprenta Nueva, 1759.
- Rodríguez Docampo, Diego. “Descripción y relación del estado eclesiástico de San Francisco de Quito ... Año de 1650”. En *Relaciones geográficas de Indias*, III. Madrid: Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, 1897.
- Sánchez Gordillo, Alonso. *Religiosas estaciones que frecuenta la religiosidad sevillana*, editado por Jorge Bernales Ballesteros. Sevilla: Consejo General, 1982.
- Torquemada, Juan de. *Tercera parte de los veinte y un libros rituales y monarchia Indiana*. Madrid: en la imprenta de Nicolás Rodríguez Franco, 1723.

Vetancur, Agustín de. *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico: Quarta parte del Teatro Mexicano...* México: por doña Ana de Benavides, 1697.

BIBLIOGRAFÍA

- Actas del Congreso Internacional Cristóbal de Santa Catalina y las Cofradías de Jesús Nazareno*, editadas por Juan Aranda Doncel. Córdoba, 1991.
- Bazarte Martínez, Alicia. *Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1989.
- Bazarte Martínez, Alicia. “El espacio vivo de la muerte”. En *Formaciones religiosas en la América colonial*, coordinado por María Alba Pastor Llaneza y Alicia Mayer González, 159-177. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Benito Rodríguez, José Antonio. “La cofradía y templo de la Vera Cruz de Lima”. En *Religiosidad popular: Cofradías de penitencia*, editado por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, I, 349-366. San Lorenzo del Escorial: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2017.
- Bernales Ballesteros, Jorge. “Las hermandades de Sevilla y su proyección en América”. *Apotheca* 6 (1986): 51-80.
- Burrieza Sánchez, Javier. *Historia de las cofradías de Semana Santa de Valladolid*. Valladolid: Junta Semana Santa, 2017.
- Cañizares Japón, Ramón. *Las hermandades de la Soledad y Santo Entierro en el Reino de Sevilla*. Sevilla, 2014.
- Cañizares Japón, Ramón. *Soledad Universal. Exposición conmemorativa del XXX aniversario fundacional de la Confederación Nacional de Hermandades y Cofradías de la Soledad*. Sevilla: Diputación Provincial, 2019.
- Descola, Jean. *Daily life in colonial Peru (1710-1820)*. London: Allen & Unwin, 1968.
- Escalante Gonzalbo, Pablo. “Elogio de la cofradía y arraigo de la fe. La pintura mural de la capilla abierta de San Juan Teitipac”. En *Imágenes de los naturales en el arte de la Nueva España: siglos XVI al XVIII*, editado por Elisa Vargaslugo, 224-237. Ciudad de México: Fomento Cultural Banamex, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2005.
- Estrada de Gerlero, Elena. “El programa pasionario en el convento franciscano de Huejotzingo”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 20 (1983): 643-662.
- Floriano Bravo, Manuel Pedro. “El legado de la Cofradía de la Santa y Vera Cruz, reflejo fidedigno de la sociedad en la que se desarrolla”. *Cauriensia* 3 (2008): 465-487.
- Gómez Piñol, Emilio. “Sentimiento religioso e imágenes del Crucificado en el arte hispanoamericano del siglo XVI”. En *Signos de Evangelización. Sevilla y las hermandades en Hispanoamérica*, 63-94. Sevilla: Ministerio de Educación y Cultura – Fundación El Monte, 1999.

- González Obregón, Luis. *México viejo*. México: Patria, 1980.
- Hernández Soubervielle, José Armando. *El madero y la piedra: Historia, arte y devenir de la cofradía de la Santa Veracruz y sus iglesias en el San Luis Potosí virreinal*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2015.
- Iglesia Cabrera, Sonia, Leticia Salazar Cárdenas y Julio César Martínez Gómez. *La Semana Santa en México. Con la muerte en cruz*. México: Conaculta, 2001.
- Labarga, Fermín. “Devoción a la pasión, predicación y cofradías. La función del Descendimiento en La Rioja”. En *Religiosidad popular en España: actas del Simposium*, coordinado por Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, 673-692. San Lorenzo de El Escorial: Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 1997.
- Labarga, Fermín. “La devoción a las Cinco Llagas y a la Sangre de Cristo en las cofradías riojanas de la Vera Cruz”. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía* 18 (1999): 381-392.
- Labarga, Fermín. *Las cofradías de la Vera Cruz en La Rioja*. Logroño: Diócesis de Calahorra y La Calzada – Logroño, 2000.
- Labarga, Fermín. “Apuntes sobre la devoción a Jesús Nazareno en América Latina”. En *La advocación de Jesús Nazareno. Actas del Congreso Nacional*, editadas por Juan Aranda Doncel, I, 31-68. Córdoba: CajaSur, 2007.
- Labarga, Fermín. *La Santa Escuela de Cristo*, Madrid: BAC, 2013.
- Labarga, Fermín. “Theatre and Holy Week. The Configuration of Spanish Penitential Procession in the 16th Century”. *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 10/2 (2022): 847-862.
- Las Cofradías de la Santa Vera Cruz*, editado por José Sánchez Herrero. Sevilla: Centro de Estudios e Investigación de la Religiosidad Andaluza, 1995.
- Levano, Diego. *Procesión y fiesta. La Semana Santa de Lima*. Lima: Munilibro, 2016.
- Lohman Villena, Guillermo. *La Semana Santa de Lima*, Lima: Foptur – Banco de Crédito del Perú, 1996.
- López-Guadalupe, Miguel Luis. “Cofradías en Granada y América Aproximación a su papel y relaciones”. En *El reino de Granada y el Nuevo Mundo: V Congreso Internacional de Historia de América. Mayo de 1992*, I, 661-684. Granada: Diputación Provincial, 1994.
- López Sarrelangue, Delfina. “Los armados novohispanos en las procesiones de Semana Santa”. *Visiones y creencias* 4 (1992): 235-264.
- Luján Muñoz, Luis. *Semana Santa tradicional en Guatemala*. Guatemala: Esso Central América, 1982.
- Martínez de Sánchez, Ana María. *Cofradías y obras pías en Córdoba del Tucumán*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba, 2006.
- Martínez Domínguez, Héctor. “Las cofradías en la Nueva España”. *Anuario* 1 (1977): 45-71.

- Meseguer Fernández, Juan. “Las cofradías de la Vera Cruz. Documentos y notas para su historia”. *Archivo Iberoamericano* 109-110 (1968): 199-213.
- Miura Andrade, José María, Isabel Montes Romero-Camacho y José Sánchez Herrero. “Los cuatro tipos diferentes de Cofradías de Semana Santa, desde su fundación hasta la crisis de finales del siglo XVIII en la Andalucía bética y Castilla”. En *Actas del Primer Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa*, 259-304. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos, 1988.
- Montoya Estrada, Kelly. “Una procesión de Viernes Santo en Lima del siglo XVII”. En *Corporaciones religiosas y evangelización en Iberoamérica. Siglos XVI-XVII*, editado por Diego Levano Medina y Kelly Montoya Estrada, 143-160. Lima: Universidad Nacional de San Marcos, 2010.
- Morera González, Jaime Ángel. “El milagro del Santo Cristo de Singuilucan”. En *Imágenes de los naturales en el arte de la Nueva España: siglos XVI al XVIII*, editado por Elisa Vargaslugo, 239-247. Ciudad de México: Fomento Cultural Banamex, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2005.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México*. México: Imprenta La Europea, 1895.
- Ovalle Letelier, Alex. *Devoción, prestigio y sociabilidad. Cofradías en Santiago de Chile (1700-1770)*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2018.
- Pacheco, Juan Manuel. “La consolidación de la Iglesia. Siglo XVII”. En *Historia extensa de Colombia*, XIII/2. Bogotá: Lerner, 1975.
- Palomero Páramo, Jesús Miguel. “Las procesiones de «sangre» en Sevilla y Nueva España. A propósito de una pintura mural en la iglesia conventual de Huexotzingo”. En *Primeras Jornadas de Andalucía y América*, II, 313-319. Huelva: Instituto de Estudios Onubenses “Padre Marchena”, 1981.
- Porres Benavides, Jesús. “Cofradías y hermandades penitenciales en la Lima colonial de los siglos XVII y XVIII”. En *Identidades y redes culturales. Actas del V Congreso Internacional de Barroco Iberoamericano*, 987-995. Granada: Universidad, 2021.
- Ramírez Samayoa, Gerardo. *Consagrada imagen del Señor Sepultado del templo de Santo Domingo*. Guatemala: 2000.
- Ramos Sosa, Rafael. *Arte festivo en la Lima virreinal (siglos XVI-XVII)*. Sevilla: Consejería de Cultura, 1992.
- Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, México: Ius – Polis, 1947.
- Rodríguez Mateos, Joaquín. “Las cofradías de Perú en la modernidad y el espíritu de la contrarreforma”. *Anuario de Estudios Americanos* 52/2 (1995): 15-43.
- Rojas, Rosa Elena. “Esclavos de Obraje: Consuelo en la Devoción. La cofradía de la Santa Veracruz Nueva fundada por Mulatos, Mestizos y Negros. Coyoacán, siglo XVII”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64339>
- Romero Sánchez, Guadalupe “Devociones de naturales en Nueva Granada durante los

- siglos XVI y XVII. El caso de Chocontá y la Cofradía de la Veracruz”. En *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*, editado por David Fernández Villanova, Diego Levano Medina y Kelly Montoya Estrada, 389-403. Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 2017.
- Rubio, Vicente y María Ugarte, *Semana Santa en la ciudad colonial de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1992.
- Sánchez-Concha Barrios, Rafael. “La devoción a la Cruz en el Perú y la Archicofradía de la Vera Cruz de Lima (siglos XVI-XVIII)”. En *IV Congreso Internacional de Hermandades y Cofradías de la Santa Veracruz*, editado por José-Andrés Casquero Fernández, 759-774. Zamora: Cofradía de la Santa Vera Cruz, 2009.
- Sánchez Raygada, Carlos Hugo. “Derecho y sociedad corporativa virreinal. Una aproximación a los litigios de las cofradías piuranas durante el siglo XVIII”. En *Cofradías en el Perú y otros ámbitos del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*, editado por David Fernández Villanova, Diego Levano Medina y Kelly Montoya Estrada, 259-274. Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 2017
- Solís Robleda, Gabriela. *Entre la tierra y el cielo: religión y sociedad en los pueblos mayas del Yucatán colonial*. México: Ciesas-Icy-Miguel Ángel Porrúa, 2005.
- Torres Ramírez, Bibiano. “Las hermandades andaluzas y su influencia en América a través de sus reglas”. En *Signos de Evangelización. Sevilla y las hermandades en Hispanoamérica*, 45.62. Sevilla: Ministerio de Educación y Cultura – Fundación El Monte, 1999.
- Verdi Webster, Susan. “La cofradía de la Vera-Cruz representada en las pinturas murales de Huejotzingo. México”. *Laboratorio de Arte* 8 (1995): 61-72.
- Verdi Webster, Susan. “Art, Ritual, and Confraternities in Sixteenth-Century New Spain: Penitential Imagery at the Monastery of San Miguel, Huejotzingo”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 70 (1997): 5-43.
- Wuffarden, Luis Eduardo, “Procesión del Viernes Santo en Lima”, en *Los Siglos de Oro en los Virreinos de América (1550-1700)*, 144-145. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999.
- Zahino Peñafort, Luisa. *Iglesia y Sociedad en México. 1765-1800. Tradición, Reforma y Reacciones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Zamacois, Niceto. “Méjico en 1857”. En *Nuevo viajero universal*, III. 265. Madrid, 1861.

Fermín Labarga
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
Edificio de Facultades Eclesiásticas, Campus Universitario
31009 Pamplona (España)
<https://orcid.org/0000-0002-8088-4269>